

último degollado. Con él padeció tambien uno de los soldados que lo conducian al suplicio, el cual convirtiéndose á Jesucristo en el camino, mereció ser bautizado con su propia sangre. (S. Albano, llamado en anglo-sajon *Albaner*, es el protomártir de Inglaterra, y tan grande fué la gloria de su triunfo, que se lee su nombre entre los mas famosos de toda la Iglesia, conforme lo asegura Fortunato. Aconteció su martirio en tal dia como hoy, unos dicen que en el año de 286, y otros con mas probabilidad que en el de 303, imperando Diocleciano.)

LOS SANTOS MIL CUATROCIENTOS Y OCHENTA MÁRTIRES, en Samaria, en tiempo de Cosroas, rey de Persia.

LA TRASLACION DE SAN FLAVIO CLEMENTE, cónsul y mártir, en Roma; el cual murió por la fe por orden del emperador Domiciano; su cuerpo hallado poco ha en la basilica de S. Clemente papa, fué depositado en la misma con solemne pompa.

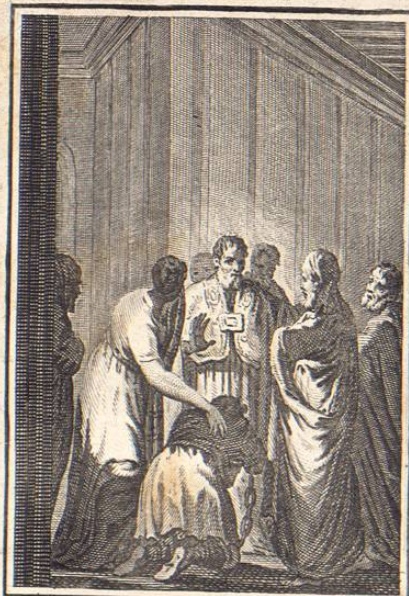
SAN NICEÁS, obispo de Romaciano, en el mismo dia; esclarecido por su saber y santas costumbres.

SAN JUAN, obispo, en Nápoles; el cual fué llamado al reino celestial por S. Paulino, obispo de Nola.

SANTA CONSORCIA, virgen, en el monasterio de Cluny.

#### SAN PAULINO, OBISPO DE NOLA.

SAN Paulino, objeto de la admiracion y de la veneracion de los mayores hombres de su siglo, tan célebre en toda la Iglesia, como dice el Martirologio romano, no solo por su grande erudicion, por su eminente virtud y por su insigne caridad, sino tambien por el gran poder que tuvo contra los demonios, fué hijo de Poncio Paulino, prefecto del pretorio que habia sido en las Galias, contando gran número de senadores en su familia, tanto por la linea paterna como por la materna. Nació el año de 333 en Burdeos, ó como quieren otros, en una aldea, que Ausonio llama Hebromage, á cuatro leguas de aquella ciudad. Criaronle sus padres con todo el cuidado que pedia su ilustre nacimiento; bien que dejaron poco que hacer á la educacion las nobles prendas de cuerpo, de corazon y de entendimiento con que habia nacido. Hacian sus padres profesion de la religion cristiana, y le educaron en los principios de ella. Fué su preceptor Ausonio, uno de los mayores hombres de su tiempo en la poesia y en la elocuencia. Hizo el discípulo tantos progresos en las letras humanas, que á poco tiempo pareció mas hábil, y fué mas estimado que su mismo maestro. S. Jerónimo confiesa ingenuamente que no conocia hombre mas elocuente que Paulino. La pureza de su estilo, la delicadeza y la brillantez de sus pensamientos, la estension de sus noticias, el aire y la facilidad en esplicarse, el fuego de su imaginacion, la fuerza y la suavidad de su elocuen-



S. PAULINO, O.



cia, junto todo á los inmensos bienes de fortuna de que se halló presto heredero, hicieron célebre en el mundo el nombre de Paulino.

Pero mucho mas se dió á estimar por la pureza de sus costumbres. Amaba naturalmente la gloria, y como no era mas que ca-  
tecúmeno, era tambien muy superficial el gusto que tomaba á la doctrina de Jesucristo. Casóse con una doncella de nacimiento española, noble y rica (\*), pero mucho mas virtuosa, la que contribuyó no poco á inspirarle máximas mas cristianas. A los veinte y cinco años fué creado cónsul de Roma, y poco despues prefecto de la ciudad; dignidades que fomentaban su ambicion, pero sin étragar sus costumbres. Así por los negocios públicos que le encomendaron, como por los domésticos y de familia que se le ofrecieron, se vió precisado en quince años á hacer muchos viajes por Italia, Francia y España, y en ellos conoció en Milan á san Ambrosio y á S. Agustin, en Tours á S. Martin, en Ruan á san Victricio, y en Burdeos á S. Delfin, que habiéndole instruido fundamentalmente en los misterios de la religion, le persuadió y le redujo á que recibiese el bautismo.

Ilustrado con las nuevas luces de la gracia que recibió en el sacramento, descubrió Paulino la falsa brillantez de todo lo que tanto deslumbra los ojos de los mundanos. Añadióse á esto que las mudanzas sucedidas en el imperio se comunicaron tambien á su fortuna; y juntándose á estos contratiempos las muchas enfermedades que padeció, contribuyeron no poco á desprender su corazon de los bienes caducos de esta vida, y á que suspirase únicamente por los eternos. Al disgusto de las grandezas humanas se siguió el tedio al tumulto y al bullicio. Retiróse á una casa de campo, donde se entregó enteramente al servicio de Dios, santificando aquel retiro con la oracion y el ayuno. Pero como le interrumpiesen las frecuentes visitas de sus amigos, tomó la resolucion de escaparse á España, adonde le siguió su mujer Terasia, no obstante hallarse muy adelantada en su preñado; porque habiendo tenido tanta parte en sus santas resoluciones, quiso ser fiel compañera suya en la penitencia. A poco tiempo despues que llegaron á España parió Terasia un niño que vivió solos ocho dias; y privado Paulino de este único fruto de su matrimonio, resolvió vivir en adelante con su mujer en perpetua continencia, como hermano con hermana, y de comun consentimiento se obligaron á ello con voto los dos, dedicándose á una vida perfecta.

(\*) Muratori y Florez conjeturan que esta insigne mujer era de Alcalá de Henares, y que allí se hizo el casamiento.



Volvió á Italia para visitar el sepulcro de S. Felix mártir, presbítero de Nola, á quien profesaba particular devocion, y en aquella ciudad tomó la resolucion de dejar enteramente el mundo. Despidióse del senado romano, en cuya presencia renunció solemnemente la dignidad de senador; hizo lo mismo con toda su ilustre parentela; vendió todas sus posesiones y bienes, que eran muy cuantiosos, y repartió el precio entre los pobres. Lo mismo hizo Terasia con todos los que habia traído al matrimonio, que tambien eran muchos, reservando de su dote no mas que lo preciso para las necesidades indispensables. Asombró y edificó á toda la Iglesia tan generoso como universal despojo. Ansioso ya únicamente de vivir desconocido, escogió para esto la ciudad de Barcelona (\*). Vistióse un hábito pobre, entabló una vida oscura, dejóse ver con un aire humilde, penitente y mortificado; pero todo sirvió para dar nuevo lustre á su virtud, y mayor veneracion á su persona. Era su ánimo volverse á Nola, y pasar sus dias junto al sepulcro de S. Felix, encerrándose en una celdilla cerca de la iglesia para hacer oficio de portero, cuando, á pesar de su humildad, fué elevado al sacerdocio, por un suceso verdaderamente singular. Hallábase en la iglesia el día de Navidad, absorto en la contemplacion de aquel tierno y sagrado misterio, cuando el clero y el pueblo, movidos de una repentina inspiracion, levantaron el grito, y todos á una voz pidieron que Paulino fuese elevado á los sagrados órdenes, y que se le hiciese presbítero. En vano desplegó las velas de su elocuencia abogando en favor de su humildad; no fueron oidas sus razones, y el obispo Lampio le confirió los sagrados órdenes, no haciendo caso de su humilde resistencia.

Creció el fervor con la santidad del carácter; y conociendo bien la pureza de costumbres y la santidad de vida con que debia llegarse á las sagradas aras, aplicó todo su estudio á purificar el corazon con las mayores penitencias, y á desviarle de los riesgos en la seguridad del retiro. Sobresaltado con la singular veneracion que todos le profesaban en Barcelona, pensó seriamente en huir de ella, buscando asilo mas seguro á su profunda

(\*) Terasia fué celebrada por muchos santos doctores de aquel siglo. Alaban en ella el menosprecio de todo lo de acá, el amor de la virtud, el ansia con que atesoraba riquezas para el cielo. S. Agustín la contrapone á Eva, y dice que indujo á su esposo no á relajacion, sino á fortaleza. Vinose á España con su marido, donde acabaron de repartir á los pobres los bienes que aquí tenian, y se determinaron á vivir en continencia perpetua.

humildad. Y como su devocion le llamaba siempre á Nola, se volvió á Italia; y entrando en Roma, noticioso el pueblo de su venida, se conmovió todo, y concurrió de tropel á verle. Apenas podian conocer al antiguo senador y cónsul entre el humilde traje de monge. Todo el estado eclesiástico secular y regular le rindió grandes honores. Solo el papa Siricio, que aun no confiaba mucho de aquella virtud tan tierna y tan bisoña; juzgó que convenia recibirle con aparente frialdad y con exterior indiferencia. Léjos de ofender esto á Paulino, hizo mas aprecio de la sequedad del papa, que de cuantos honores y aclamaciones le habian tributado. Cumplió con sus devociones; visitó los sepulcros de los santos mártires, y encaminóse á Nola, donde desde luego comenzó á practicar el retiro porque tanto habia suspirado. Concurrieron á él muchas personas de distincion, convertidas con su ejemplo; y poniéndose debajo de su direccion, se formó presto una especie de comunidad religiosa, en que se vivia con la mas exacta observancia. Era continuo y muy riguroso el ayuno, reviviendo en aquel nuevo desierto, por el ejemplo de S. Paulino, todas las virtudes de los antiguos anacoretas; solo se comia un pan grosero con algunas legumbres, y no se bebia mas que agua. Aquel antiguo senador, aquel cónsul de Roma, aquel hombre tan enfermo y tan delicado se dejaba ver cubierto de un áspero cilicio, debajo de una túnica de pieles de cabra, ceñida con una cuerda, siendo siempre el primero en todos los ejercicios mas viles y mas penosos.

Pero con ser tan pura y tan penitente su vida, no estaba exenta de las tentaciones del enemigo de nuestra salvacion. Por largo tiempo fué ejercitado con las mas violentas, siendo el combate dilatado y cruel; pero el Señor le sacó victorioso. Fueron sus armas la humildad, huir de las ocasiones, la oracion y la penitencia. Sirvióle siempre de gran socorro su tierna devocion á la santísima Virgen; y en virtud de la mucha que profesaba á S. Felix mártir, por mucho tiempo le compaña cada año un poema el día de su fiesta. Todos los años iba tambien una vez á Roma á renovar sus votos delante del sepulcro de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo; y en fin, no omitia medio alguno de cuantos juzgaba oportunos para aumentar su devocion y su fervor.

Estendióse luego su fama por todo el orbe cristiano, y apenas hubo siervo de Dios en aquel tiempo que no solicitase tener por lo menos correspondencia de cartas con el santo presbítero Paulino: Dos veces vino á Nola por verle desde las riberas del Danubio S. Nicetas, obispo de Dacas. No solicitaron con menos



ansía su amistad los mayores obispos de Italia, de las Galias, de la Africa y de la Iliria, y el papa S. Anastasio en todas las ocasiones le dió las mayores pruebas de su estimacion y de su benevolencia. S. Martin le proponia á sus discipulos por modelo de la perfeccion evangélica, y S. Ambrosio hizo un magnífico elogio de su desprendimiento y de su generosidad. Recomendándole S. Agustin á un discípulo suyo, le dice que le envia á su escuela para que le enseñe á ser perfecto; y S. Jerónimo le escribe que no es tan tranquila su soledad de Belen, como su desierto de Campania.

Hallábase Paulino en este alto concepto de santidad, cuando vacó la silla episcopal de Nola por la muerte del obispo Paulo; y hubo bien poco en que deliberar, porque de unánime consentimiento fué aclamado para ocuparla; y á pesar de los esfuerzos que hizo para resistir á una dignidad de que se consideraba tan indigno, fué consagrado obispo hácia el fin del año 409, con aplauso universal de todos los fieles. Esperimentó presto el rebaño los efectos de la vigilancia y de la eminente virtud del santo pastor, conociéndose muy luego lo mucho que puede un prelado santo. Proveyó su solicitud pastoral á todas las necesidades de los menesterosos; hizose todo para todos por ganarlos á todos para Jesucristo; con su afabilidad, con su dulzura y con su caridad ganó primero los corazones, y despues fácilmente los convirtió, viendo de repente mudado el semblante de toda la diócesis.

No tenia un año de obispo, cuando los godos, conducidos de Alarico, despues de haber tomado y saqueado á Roma, se extendieron por la provincia de Campania para talarla y arrasarla. Trataron á Nola como á Roma; pero respetaron la virtud de Paulino. Registraron toda su casa, aunque veneraron su piedad, y muchas veces le oyeron hacer á Dios esta oracion: *No permittais, Señor, que yo sea atormentado por la plata ni por el oro; pues bien sabéis que he puesto todos mis bienes en manos de los pobres.* Disipada la tempestad con la muerte de Alarico, en poco tiempo hizo olvidar la caridad de nuestro Santo todas las miserias que habian causado los bárbaros.

El cisma del anti-papa Eulalio turbó la eleccion del papa san Bonifacio; y habiéndose convocado un concilio en Ravena para restituir la paz á la Iglesia, rogó el emperador Honorio á san Paulino que asistiese á él; y como le hubiese asaltado una enfermedad que no se lo permitia, quiso el emperador que se difiriese el concilio hasta que se recobrase el santo obispo. Solá su presencia dispó las facciones, y su voto era el oráculo que decidia.

No contento S. Agustin con mantener correspondencia por cartas con S. Paulino, le dedicó el libro que intituló: *Del cuidado de los muertos*; por haberle compuesto con ocasion de la pregunta que le hizo el mismo Paulino, sobre si podia ser de algun provecho el mandarse enterrar al pié de algun determinado altar, ó en tal iglesia dedicada á tal santo.

Gobernaba pacíficamente el santo obispo su rebaño con una prudencia, con un zelo y con una caridad que le hacian verdaderamente feliz, cuando descargó sobre toda la Italia otra nueva tempestad. Escitada la codicia de los vándalos con el ejemplo de los godos, y por la facilidad con que la habian arrasado, sacando inmensos tesoros de ella, quisieron tambien aprovecharse de la ocasion, y entraron á talarla, comenzando por Campania. En tan grande y general desolacion fué el único recurso la caridad de S. Paulino. No contento con visitar, exhortar y consolar á todos, vendió cuanto le habia quedado para socorrer á los miserables. En esta ocasion, dice S. Gregorio, dió S. Paulino á todo el universo el ejemplo de la mas generosa y mas perfecta caridad cristiana. Echóse á sus pies una pobre viuda, toda afligida y desolada, suplicándole la diese con que rescatar á un unico hijo que tenia, y se le habia llevado por esclavo el rey de los vándalos. Hallábase el Santo sin un maravedí, é imposibilitado de consolar á aquella afligida mujer; pero su ardiente caridad le sugirió el medio mas extraordinario para socorrer tan urgente necesidad: *Hija*, respondió el Santo á la triste viuda, *no tengo otra cosa que darte sino mi persona; desde luego me declaro por esclavo tuyo, y consiento en que me cangees por tu hijo; esto es en lo que te puedo servir.* Cortóse y sorprendióse la buena mujer al oír tan estraña proposicion; pero volviendo luego sobre sí, y pareciéndola que al obispo no le podian faltar medios para recobrar presto su libertad, estimulada del natural y tierno amor á su unico hijo, aceptó el partido, y presentó su nuevo esclavo para el cange. Al principio reparó el bárbaro en la edad; pero preguntando al Santo qué oficio sabia, y respondiéndole que el de jardinero, luego consintió en el trueque. Luego que llegó á Africa se aplicó á cultivar los jardines de su amo, y echando Dios la bendicion á su trabajo, se granjeó toda la estimacion de aquél, quien conoció á breves dias los extraordinarios talentos de su jardinero. Fué luego reconocido el santo obispo por los otros esclavos, y no se hablaba de otra cosa en toda la Africa que de la escesiva caridad del santo prelado. Habiendo pronosticado á su amo la muerte del rey su suegro, todos le miraban ya como á un hombre milagroso. En fin,



el príncipe le dió libertad; entrególe todos los esclavos italianos y le volvió á enviar á su obispado colmado de beneficios.

Fácilmente se puede discurrir el gozo con que sería recibido. No hubo triunfo mas glorioso que la entrada de Paulino en la ciudad de Nola. Pero sobrevivió poco á su gloriosa vuelta, porque así los trabajos del cautiverio, como las apostólicas fatigas del obispado y sus continuas penitencias habian estragado mucho su preciosa salud. Sintióse acometido de un violento dolor de costado que no cedió á los mas eficaces remedios. Visitáronle tres dias antes de su muerte dos obispos vecinos suyos, Simaco y Acindino; mostró mucho consuelo con su venida; mandó poner un altar en su mismo cuarto, y asistido de los dos prelados celebró el santo sacrificio y reconcilió con la Iglesia á los que habia separado de su comunión. Pasó los dos dias siguientes con una serenidad de espíritu y con una paciencia admirable; solo abria la boca para bendecir á Dios, para darle gracias por los beneficios recibidos, y para exhortar á la virtud á todos los que le visitaban. Dijole el presbítero Postumino que todavía se debia algun dinero á los mercaderes que habian prestado el paño para vestir á los pobres; á que respondió sonriéndose: *Ya no tengo un cuarto; pero la divina Providencia no me dejará morir con trampas*; y un instante despues le entregaron un bolsillo que le enviaban un obispo de Lucania y cierto caballero, con lo que bastaba para satisfacer á todos sus acreedores. Rezó despues todo el oficio divino con los eclesiásticos que le acompañaban; y acabado, se quedó como en oracion, en la que se le oia derramar su corazon delante de Dios con sensible devocion. Algunos momentos antes de espirar tembló el cuarto y se estremeció la cama, y un instante despues entregó el alma á su Criador, el día 22 de junio de 431, á los setenta y cuatro años de su edad. Todos le lloraron igualmente; hasta los judíos y los gentiles mostraron públicamente su dolor. Fué enterrado en la iglesia que habia hecho edificar en honor de S. Felix, á quien siempre habia profesado muy particular devocion. Andando el tiempo fué trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de san Bartolomé, adonde acude el pueblo de tropel á venerarle, movido de los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion. En sus epístolas y en sus poesías, cuya conservacion debemos al cuidado de su grande amigo S. Amante, obispo de Burdeos, se admira aun el día de hoy aquella elevacion de pensamientos, aquella elegancia de estilo, y aquella devota mocion que en parte formaban el carácter de este gran Santo.

Nos quedan de S. Paulino hasta cincuenta cartas sobre varios

puntos de fe y de costumbres, treinta y dos poemas, diez de ellos tratan de S. Felix, presbítero de Nola. Otras muchas obras escribió en prosa y en verso, el panegírico ó apología de Teodosio, una carta á su hermana sobre el desprecio del mundo, un tratado sobre la penitencia, otro en alabanza de todos los mártires, la pasion de S. Genesto de Arlés. S. Agustin hace memoria de una obra contra los paganos que estaba escribiendo S. Paulino.

#### SAN ACACIO Y HELIADES, CON LOS DIEZ MIL MÁRTIRES.

**I**MPERANDO en Roma Adriano y Antonio, se rebelaron contra el romano imperio los sarracenos y comarcas del rio Eufrates. Tenian á la sazón los emperadores su asiento y trono en Alejandría de Armenia la Mayor, junto al rio Tigris, y enviaron contra los rebeldes nueve mil soldados por una parte, y por otra otro batallon de siete mil, de todos los cuales iba por general Acacio y maestre de campo Heliades. Luego que dieron vista al enemigo, reparando en que tenia un poderoso ejército de mas de cien mil hombres, temieron grandemente, y con afrenta volvieron las espaldas. Despues unos y otros se preguntaban cómo era posible que soldados del imperio romano hubiesen podido caer en tanta ignominia y afrenta, que vilmente hubiesen vuelto la espalda al enemigo, aunque tuviera un millon de gente? Y resolvieron entre si, que sin duda los dioses estaban indignados contra ellos, porque antes de dar vista al enemigo no les habian sacrificado. Conformes todos en este parecer, determinaron, con especialidad, sacrificarles un cabrito, con muchas ceremonias gentílicas, y asimismo ofrecieron grandes sacrificios á todos sus ídolos. Despues de esto vinieron otra vez sobre ellos los enemigos, y tuvieron mayor miedo que antes; y así huyeron con mayor afrenta y pérdida de su reputacion.

Estando de tal suceso afligidos, se les apareció un ángel en figura de un hermoso mancebo, y dijo: que supiesen y estuviesen ciertos de que los dioses de los gentiles eran demonios, y que habian huido dos veces porque les habian pedido favor; mas que si querian creer en Jesucristo, hijo de Dios y rey inmortal, alcanzarian victoria de sus enemigos; porque el mismo Dios pelearia por ellos. Todos entonces unánimes y conformes dijeron, que querian creer en Cristo; y el ángel se les desapareció. Al dia siguiente todo el ejército pidió favor y socorro á Cristo Señor nuestro, diciendo: *En ti, Señor Jesucristo, creemos y prometemos cumplir lo que tu ángel nos ha amonestado y descubierto*. Armados todos con esta breve oracion, y de gran con-